

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

SERMON

PARA LA DOMINICA DE LA RESURRECCION.

Exibit homo ad opus suum et ad operationem suam usque ad vesperam.

Psal. 103.

Surrexit, non est hic.

Marc., XVI.

Gozosa se muestra la Iglesia y gozosos debemos mostrarnos sus hijos en la presente festividad. ¿Y qué motivos nos ofrece la Iglesia para que nos entreguemos á los trasportes de la alegría y á las espansiones del regocijo cristiano? Quid el motivo de su júbilo y el asunto de sus cánticos: Resucitó el Señor, aleluya; que por nosotros murió en el leño, aleluya. Toma luego unas palabras inspiradas y con ellas nos invita durante la Octava á

, Tomo II.

tomar parte en sus maternales alegrías diciendo: Este es un día que ha hecho el Señor, día clarísimo, mas grande, mas santo, mas glorioso que los demás días del año. *Exullemus et lætemur in ea.*

Pero ¿quiénes son los llamados á celebrar la Páscoa de la nueva ley? ¿Quiénes son dignos de acompañar en su triunfo al vencedor de la muerte y del infierno? El real Profeta contesta diciendo: Que los justos se alegren en el Señor, y que se glorien con él los puros de espíritu y rectos de corazón. *Lætamini in Domino, et exultate justi, et gloriamini omnes recti corde* (1). Es decir, hermanos míos, que solo los puros, los justos, los diligentes, los que trabajan en su salvacion, los que se apresuran á salir del sepulcro de

(1) Psal. XXXI.

sus culpas, los convertidos, los resucitados; los que perseveran el bien y se conducen como celosos operarios de la gloria de Dios y de su propia santificación todos estos pueden regocijarse y saltar de alegría en la Pascua del Señor.

Y vosotros pecadores, ¿qué gozo podeis tener vosotros que estais como de asiento en las tinieblas y no podeis ver la hermosa luz de los cielos? *¿Quale gaudium erit mihi qui in tenebris sedeo et lumen cæli non video?* ¿Qué alegría podeis disfrutar vosotros cuando este día tan hermoso iluminado por el sol de la Resurrección no luce para vuestra alma sumida en la noche del pecado? ¿Cantarán alabanzas los muertos y saltarán de gozo los esclavos? «No hay Pascua para los poderosos; no hay alegría, ni gloria, ni dichas eternas mas que para los convertidos, para los resucitados.»

No es maravilla que la Iglesia repita alborozada el mismo cántico por espacio de ocho días diciendo: En este día que ha hecho el Señor, sea grande nuestro gozo y nuestra alegría. *Hæc dies quam fecit Dominus, exultemus et lætemur in ea.* ¡Es tan hermoso el tiempo pascual y tan fecundo en consuelos, alegrías y frutos de vida eterna! La Pascua de Cristo

(1) es el paraíso de los cielos, el reino de la gracia, la salud del mundo, la derrota del infierno, la gloria de los soberanos espíritus, la vida de los creyentes, la resurrección de los muertos, el sello de las divinas misericordias, la abolición de la muerte y el premio de nuestro rescate. Na mas justo que el santo entusiasmo, la universal alegría con que el pueblo católico aplaude, celebra y festeja á su Rey y Salvador en el día de sus triunfos gloriosos é inmortales contra la potestad de las tinieblas y el imperio de la muerte.

El pueblo romano tributaba los mas grandes honores y celebraba con públicos y espléndidos festejos las victorias de sus afamados capitanes. Tambien el pueblo hebreo celebró con las mayores demostraciones de alegría la derrota de Goliath y de los filisteos, lograda por David sin otras armas que una honda y cinco piedras (2). Tambien cuando el Señor libró al pueblo de Israel de la mano de los egipcios, sepultándolos en las aguas del mar Rojo, Moises, caudillo del pueblo escogido, María su hermana, Aarón y las mujeres al

(1) L. Augit in quodam serm. paschali.

(2) S. Reg. XVII

son de instrumentos músicos cantaron al Señor un himno de alabanzas, diciendo: *Cantemos al Señor porque hoy ha hecho ostentación de su poder, sepultando en el mar al caballo y al caballero* (1).

¿Cuánto más debe regocijarse el pueblo cristiano en presencia de Jesucristo, su glorioso caudillo, debelador invencible de las potestades infernales? ¿No acaba de vencer al demonio con las cinco llagas de su cuerpo glorioso? ¿No ha subido del infierno, dejando allí sepultado al infernal Faraón con todo su ejército, y sacando de aquella cárcel tenebrosa las almas de los justos como glorioso trofeo de sus victorias? ¿No somos ya libres con la libertad de los hijos de Dios? ¿no resplandece en nuestra frente el sello divino y en nuestra alma la imagen celestial que habíamos deformado por la culpa? ¿no vemos abiertas las puertas del cielo, asegurada nuestra fé y garantizadas nuestras esperanzas? Siendo pues, el triunfo de Jesucristo nuestro triunfo, y su gloria nuestra gloria; siendo herederos con él y partícipes de los inmensos bienes, y de los hermosos frutos de su pasión y muerte, nada más justo que celebrar gozoso la glo-

riosa resurrección del Señor, fundamento indestructible de nuestra fé, y robustísima garantía de nuestras esperanzas. Alegraos, saltad de gozo los que sois justos, los que habeis resucitado de una muerte pésima, á la preciosa vida de la gracia. Vuestro es el triunfo del Salvador; vuestra es la gloria que circunda su cuerpo gloriosísimo; vuestras son las delicias de la libertad que del fondo del sepulcro ha brotado cual hermosa y aromática planta para embalsamar los caminos de la vida mortal; vuestra es la pascua de la tierra con sus consuelos y alegrías, y vuestra será aquella pascua eterna que celebran los bienaventurados, con la inagotable abundancia de sus goces purísimos y con el torrente de sus inefables delicias. Alegraos, repito, y saltad de gozo los que sois convertidos, los resucitados. *Lætamini in Domino et exultate justi*. Pero ¿qué diré yo en este día á los pecadores? A los que duermen el sueño funesto del pecado á los esclavos de sus pasiones; á los que todavía yacen inertes en el sepulcro de sus vicios; á los desgraciados pecadores que no han resucitado, que no quieren resucitar á la vida gloriosa de la gracia, ¿cómo les anunciaré la buena nueva, el

(1) Exod. XV.

dichoso acontecimiento que ha cambiado la faz de la tierra? ¿Pueden ellos tener parte en este concierto de alabanzas? ¿Tendrán asiento en este banquete de la universal alegría? ¡Ah! bien sabéis que esto es imposible porque escrito está que no hay paz, que no puede haber paz en la conciencia de los impíos. No hay, no puede haber alegría, ni contento, ni satisfacción verdadera en una alma criminal, en un corazón siempre atormentado con la presencia importuna de sus vicios y desórdenes. *Non est pax ossibus meis á facie peccatorum meorum.* No, no; la Pascua no es para vosotros; las delicias de la libertad no son para los esclavos voluntarios, las alegrías de la patria no son para los desterados las alabanzas y los himnos y los cánticos del júbilo no brotarán de los lábios de los muertos. *Non mortui laudabunt te, Domine, neque omnes qui descendunt in infernum.* Es verdad, me direis: la suerte de los pecadores es bien lamentable. ¿Pero somos nosotros del número de los perezosos, ó de los rebeldes, ó de los muertos? ¿No hemos cumplido oportunamente el precepto pasqual cual cumple á los buenos hijos de la Iglesia? ¿No hemos frecuentado los templos y asisti-

do á la representacion de los grandes misterios, de las sublimes escenas que la Religion ha desplegado á nuestra vista durante el santo tiempo de Cuaresma? ¿No hemos tomado parte en los ejercicios de piedad y concurrido á escuchar la predicacion de las verdades eternas? Teneis razon, y yo voy á proclamarlo muy alto: En medio de tantos pesares como acibáran el corazón, contemplando las ruinas morales causadas por la impiedad, en medio de esa indiferencia religiosa que hiela los corazones, y de esa corrupcion de costumbres y de esa muerte de todas las virtudes y de esa glorificación de todos los vicios, dire mejor; en medio de ese nuevo paganismo que ha invadido los pueblos, es altamente consolador y edificante el espectáculo que ha ofrecido este pueblo en los grandes dias de la Sta. Semana y durante el tiempo cuadregesimal. ¿Dónde brilla la fé católica con tan vivos y puros resplandores? ¿Dónde se escucha con tanta docilidad, benevolencia y sumision la palabra divina? ¿dónde se cumple como aquí el precepto pasqual? ¿dónde se observa con tanta religiosidad la Sta. Cuaresma? ¿dónde se practican tantos ejercicios de piedad? ¿Qué pueblo pue-

de ostentar con mejor derecho el glorioso timbre de católico? Si; lo repito con un placer indefinible, y debo proclamarlo con santo entusiasmo para que sirva de estímulo á vuestros cristianos corazones: tales ejemplos se muestran aquí para gloria de Dios en testimonio y como señal inequívoca de que hay espíritu cristiano, vida cristiana, movimiento cristiano y decision animosa. De esta manera se toma suave y hasta placentero el áspero y espinoso camino del púlpito, pues con vuestra docilidad nunca desmentida y vuestras obras de piedad quitais á la declamacion cristiana el vigor de sus acusaciones y la dureza de sus anatemas. Pero en medio de tanta vida, ¿no habrá algun muerto? En medio de tanto movimiento, ¿no habrá algun paralítico? En medio de tantos resucitados, ¿no habrá algunos que todavia permanecen en el ediondo sepulcro de sus culpas? Y si aquí se hallasen presentes, yo les diria: *Suscipite verbum quod potest salvare animas vestras*. Oid esta palabra que puede salvar vuestras almas. Vosotros quizá habeis cumplido con la Iglesia, ¿pero habeis resucitado? Vosotros á imitacion de David habeis cogido en el torrente de la confesion las cinco piedras sagradas

para luchar con el Goliath infernal, ¿pero habeis triunfado del gigante, hiriéndole y matándole? Quiero decir: ¿Habeis llevado á los piés del confesor las cinco cosas necesarias para hacer una buena confesion, dando muerte al pecado y al demonio, terror del pueblo de Dios y tirano de vuestras almas? ¿Habeis sepultado vuestros vicios y pasiones, vuestras malas costumbres y terrenas aficiones en el mar amargo de una contricion perfecta acompañada de propósitos firmes de enmienda y renovacion de nuestra vida? En una palabra: ¿habeis resucitado moralmente, espiritualmente como vuestro modelo Jesucristo resucitó de entre los muertos?

Pero aun esto no basta. El Angélico Doctor (1) enseña además que así como Jesucristo despues de resucitado tuvo una nueva vida, tambien el hombre convertido debe comenzar una vida nueva segun la palabra del Apóstol (2): Renovaos espiritualmente, transformar vuestra vida y vuestras costumbres, vestid el hombre nuevo que se forma segun el modelo de Dios en justicia y en santidad. Así será verdade-

(1) In 3.^a parte. Sum; q. 52. art. 1, in corpore questionis.

(2) Ad Eph, IV.

ra nuestra resurrección moral. Pero también debe ser duradera y pública. Jesucristo una vez resucitado no morirá de nuevo; y vosotros una vez resucitados, si habeis hecho una verdadera confesión de vuestras culpas, no debéis volver á morir pecando, sino vivir siempre con Cristo, la vida de la gracia, y decir con el Evangelio: ¿Qué ganaría yo poseyendo todo el mundo, sino poseo la amistad de mi Dios y pierdo mi alma?

Debe ser pública vuestra conversión. Jesucristo apenas salió del sepulcro, se manifestó á sus discípulos á fin de hacerles creer en la verdad de su gloriosa resurrección, borrando de sus almas el escándalo de su pasión y muerte. Si quereis dar señales inequívocas de una verdadera conversión, si quereis que no califiquemos vuestras confesiones, de nulas y sacrílegas, haced pública la enmienda de vuestra vida, borrad con buenas obras los escándalos y desórdenes, y los malos ejemplos con que habeis arruinado la virtud y la inocencia, y de tal manera sea pública, notoria y manifiesta la luz de vuestra espiritual resurrección que todos vuestros convecinos vean vuestras buenas obras y los buenos se alegrarán de vuestro bien y

los tibios, los indiferentes y los perezosos quizá se muevan con vuestro ejemplo á glorificar á vuestro Padre que todo lo ve desde los altos cielos.

Que muera, pues, lo que debe morir entre vosotros. Que muera el pecado en vuestras almas; que muieran en el hogar doméstico los vicios que degradan la familia y disuelven los vínculos de amor y de celo entre esposos, Padres é hijos. Que muieran los públicos desórdenes, el juego ruinoso é inmoral, las diversiones licenciosas, los centros de corrupción, la blasfemia y la palabra torpe, el lujo y la vanidad, el libertinaje y la lujuria y todo ese ejército de vicios y pecados desconocidos de vuestros padres que á manera de langosta han invadido las poblaciones, destruyendo la fé y las buenas costumbres. Que resucite entre vosotros el espíritu cristiano, esta sávia vigorosa que circulando libremente por las venas del cuerpo social, realiza maravillosas creaciones, trasformando á los hombres en ángeles, la familia en un vergel y la sociedad en un paraíso. Que resucite entre vosotros la piedad cristiana que es útil para todo; la piedad cristiana que es luz para la vida, alimento de las almas y conservadora de las buenas costumbres;

la piedad cristiana que purifica el espíritu y transforma los corazones, «semejante al fresco rocío que no solo mantiene la planta en vistosa lozanía, sino que le dá un esmalte irimitable de una transparencia purísima.» Que todo se renueve en el campo de vuestras almas como sucede ahora en el órden físico. ¿No lo veis? El sol parece lucir mas hermoso y brillante que otras veces. El aire parece más puro, la tierra más fecunda. Los árboles se visten de gala, las flores ostentan su belleza, los campos se cubren de mieses y la naturaleza toda, poco há silenciosa y como aletargada, ahora rejuvenecida y transformada, nos anuncia la presencia de la primavera con todos sus encantos y armonías. La primavera es la pascua de la naturaleza física.

La pascua cristiana es la primavera de las almas. Trabajad con ahinco en la obra de vuestra santificación. Sacudid esa pereza que os degrada. Imitad la diligencia de las mujeres piadosas que fueron muy de mañana al sepulcro del Salvador y merecieron gozar de su divina presencia. Imitad sobre todo á Jesucristo, nuestro modelo que salió del seno del eterno Padre, y haciéndose hombre en las entrañas de una

Virgen, emprendió la obra portentosa de nuestra Redención, y no descansó hasta dejarla consumada con su muerte y resurrección. Emprended vuestra obra, la obra de vuestra salvación, ahora mejor que mañana, ahora mismo, al punto porque la muerte se dá prisa á llenar sus huecos, y no sabéis cuando vendrá, aunque es cierto que ha de venir. La pereza es el cloroformo de Satanás. Vigilad, y orad, afanáos, y dáos prisa en atesorar merecimientos, virtudes y buenas obras. Perseverad en el bien hasta la muerte, y ella os franqueará las puertas del cielo donde celebraréis eternamente la pascua de los bienaventurados, Amen.

—*—

The Catholic Font, periódico de Nueva-York escribe esta preciosa é interesante conversión.

Una conversión por un escapulario.

«Un general de los Estados-Unidos afamado por su ciencia militar, se convirtió al catolicismo durante la última guerra civil, llamada de sucesión. Las circunstancias que acompañaron y siguieron á este suceso, merecen ser conocidas.

Un día en que la atronadora voz de los cañones, y el agudo y estridente ruido de la fusilería se mezclaba á los gritos de los moribundos, y á los lamentos de los heridos de ambos ejér-

citos, el general vió caer á su lado á un soldado. Al enterarse de su estado, supo que una bala que debía atravesarle el corazón, se desvió repentinamente al encontrarse con un escapulario que el soldado piadosamente llevaba. Era un milagro evidente que solo podía atribuirse á la bondad y poder de la Madre de Dios. El general que hasta entonces era protestante, convencido del milagro, lo reconoció así, y después de estudiar la doctrina católica abjuró sus errores.

Terminada la guerra volvió á su país algo inquieto por la acogida que le dispensaría su mujer, celosa protestante.

Llegó un domingo por la mañana. Las campanas de la Iglesia Católica llamaban á misa. El general protestando que iba á afeitarse, salió y se fué directamente á la Iglesia Católica. Se colocó en su silla y se puso á orar con el mayor recogimiento. Poco después llegó una señora y se colocó á su lado, pero el general, abstraído no la vió.

Quando el sacerdote dijo el *ite misa* y dió la bendición, el general se levantó é hizo la señal de la Cruz para el último Evangelio. Entonces vió á su mujer, que como él, se signaba en la frente, en la boca y en el corazón. Los dos eran católicos sin haber dado cuenta el uno al otro de su conversión y los dos procuraban esconder al otro sus nuevas creencias.

Fácil es de comprender el gran gozo que les causó el descubrimiento; nunca fueron tan felices como en

aquel momento en que se encontraban unidos en la fé, como ya lo estaban en el santo matrimonio.

Las señoras católicas de Zaragoza se proponen hacer exclusivamente sus compras y encargos en las tiendas y talleres en que no abran ni trabajen en los días festivos de precepto.

El palo de Dios.

Quejándose cierta persona al venerable Libermann de otra que habia tomado por costumbre hacerle sufrir. «Consideradla, replicó el siervo de Dios, como un palo del cual se sirve Dios para castigarnos; nadie se irrita contra un palo,

Habiendo Dios determinado hacerse hombre, y nacer de mujer, puso los ojos en María, y le envió al Angel San Gabriel para pedir su consentimiento. Muchas reinas y señoras habia en el mundo, estimadas y reverenciadas de los hombres, y á todas las desechó el Señor, y eligió á María, esposa de un pobre carpintero, porque era la más humilde, santa y pura de todas las mujeres. Nadie se ensoberbece por su nobleza, riquezas y dignidad; porque Dios sólo hace caso de la virtud y santidad. Tampoco quiso Dios nacer de María sin su voluntad, por quedar más deudor á la que escogia por Madre.